

DOMINGO DE PENTECOSTÉS. EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 20,19-23.

Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas, por miedo a los judíos. En esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo:

-Paz a vosotros.

Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió:

-Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.

Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo:

-Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.

CREER EN EL RESUCITADO

La experiencia pascual **«afectó vitalmente»** a los seguidores de Jesús. Les cambió de forma radical su manera de ver a Jesús y a Dios. La **«resurrección»** es el concepto con el que los primeros cristianos nos han transmitido su experiencia pascual, la manera de ver a Jesús, la manera de **«vivir con Jesús»** tras su muerte.

Quizás la palabra resurrección, en su literalidad, se queda corta para expresar esta visión de Jesús, pues no se trata de que un cadáver se levante y siga como antes, sino que se trata de **«reconocer con los ojos de la fe»** que Jesús ya no es mortal, que **«vive definitivamente»** y **«nos comunica la verdadera Vida»**. Jesús Vive con nosotros. La fe no nace de lo que se ve. La fe no procede de ver el sepulcro vacío. **«La fe interpreta el sepulcro vacío»**: ¿por qué buscáis entre los muertos al que vive?, no está aquí, se dice en uno de los pasajes evangélicos.

¿Cómo llegaron los primeros cristianos a esta experiencia? Creer en el crucificado no tuvo que resultarles fácil. Si bien Jesús resucitado es el mismo de antes de su muerte, ahora ellos deben reconocerlo, pero **«con los ojos de la fe»**. Lo curioso es que antes de su muerte no le conocían, lo confundían con un Mesías victorioso y es ahora cuando reconocen en aquel Jesús que creían conocer, al verdadero Mesías, **«al que da la Vida»**. Por fin han cambiado el rey victorioso por el grano de trigo enterrado y **«han reconocido a Jesús en ese grano de trigo, no en el rey»**.

Lo verdaderamente llamativo es la **«increíble transformación»** que se da en aquellos seguidores de Jesús, que pasan de ser un grupo medroso en dispersión a una **«comunidad valerosa que da testimonio de su fe»**. Se produce de esta manera el **«nacimiento de una fe nueva»**, profundamente diferente de la fe judaica, en la que lo verdaderamente decisivo es la confesión de aquellos primeros creyentes, que se declaran testigos de que el Crucificado ha sido exaltado por Dios y no ha sucumbido a la muerte, **«testigos de que el Crucificado ha resucitado»**.

Para poder **«entender la resurrección»** no tenemos otro camino que tratar de vivir, cada uno de nosotros, la misma experiencia que tuvieron aquellos discípulos de Jesús, seguir su mismo proceso. Es, pues, algo a descubrir a través de nuestra **«propia vivencia con Jesús»**. Y para ello, el camino solo es uno: **«creer»**. **«¿Creemos en Jesús crucificado?»** **«¿Creemos que vive con nosotros?»** **«¿Creemos que es Él quien nos puede proporcionar la verdadera Vida?»**

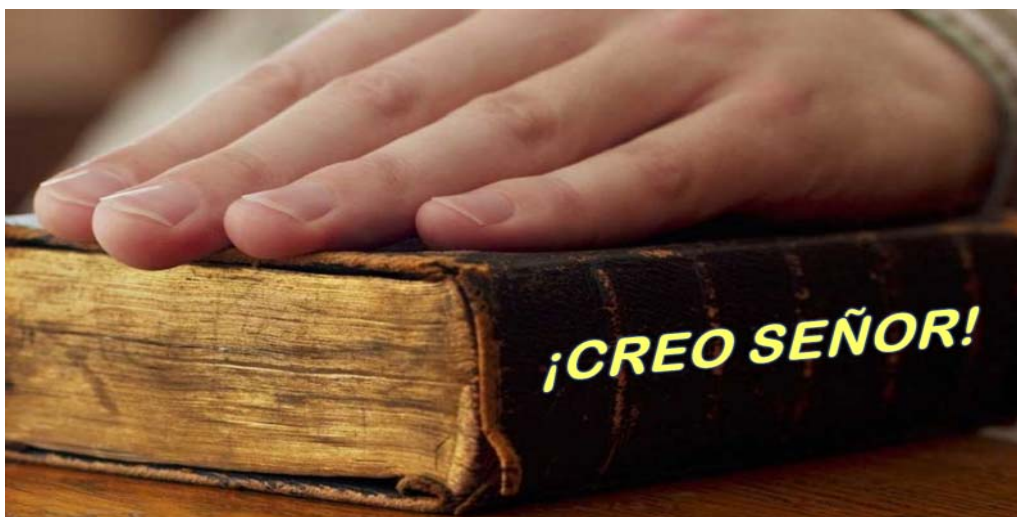
El evangelista Juan describe con pocas palabras, pero de forma brillante, la transformación que se produce en los discípulos cuando Jesús, **«lleno de vida»**, se les hace **«presente en medio de ellos»**. Jesús resucitado está de nuevo en el centro de su comunidad y así ha de ser **«para siempre»**. Con Él todo es posible: liberarse del miedo, abrir las puertas y **«poner en marcha la evangelización»**.

Lo primero que infunde Jesús a sus discípulos es «su paz». Ningún reproche por haberlo abandonado, ninguna queja ni reprobación. «Sólo paz y alegría». Los discípulos sienten «su aliento creador». «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». «Todos somos enviados». Jesús fue enviado por el Padre y nosotros somos enviados por Jesús.

La obra de la Creación continúa. Dios no descansa, el salvador no descansa hasta que todos seamos verdaderamente hijos. Jesús es el comienzo de una nueva creación, «obra del Espíritu de Dios». Y nosotros también somos creadores con Dios, a su imagen y semejanza.

Exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo». Y es que, «todo es obra del Espíritu», incluido Jesús. Dios actuó en Jesús y actúa en nosotros y actúa en el mundo. Impulsados por este Espíritu, los cristianos hemos trabajado «en el mismo proyecto» salvador que el Padre encomendó a Jesús.

Y es que... sólo Jesús puede «renovar nuestros corazones». Solo Jesús es quien puede impulsar en este mundo un «cambio de paradigma» que propicie un mundo con verdad, con justicia, con solidaridad, en definitiva, con amor. Sólo Jesús puede «ocupar el centro de la Iglesia», ser Él quien nos abra las puertas de ser capaces de «compartir el Evangelio» con los hombres y mujeres de nuestro tiempo, ya que nuestros esfuerzos y trabajos, si bien son necesarios, no bastan.



Como enviados que somos, como continuadores de su misión salvadora, necesitamos «aprender a acoger con fe su Presencia» en medio de nosotros. No es sólo Tomás quien tuvo que «aprender a creer con confianza en el Resucitado». Todos nosotros, como Tomás, tenemos que «creer sin haber visto», porque lo que se ve no se cree y la resurrección, su Presencia en lo más profundo de nuestro ser, no puede ser objeto de conocimiento, ni sensorial ni intelectual, sino solo de fe.

Y solo «amando» ejerceremos como verdaderos «Enviados». «El amor manifestado en la comunidad es la prueba de que Jesús vive y es «el descubrimiento de ese amor» el que nos lleva a la fe en Jesús vivo. Viviremos como resucitados en la medida que vivamos con los «criterios y los valores de Jesús», enganchados a su mismo proyecto. ¡Que así sea!